

vivimos en la mejor de las democracias posibles, pero todos los que no se identifiquen con la herencia del Pangloss de Voltaire encontrarán en esta obra un esfuerzo necesario y fecundo para pensar la democracia del siglo XXI. – DAVID HERNÁNDEZ CASTRO (dherandez@fsf.uned.es)

RADMAN, Z., (Ed.), *Before Consciousness. In Search of the Fundamentals of Mind*, Imprint Academic, Exeter, 2017, 330 págs.

Los catorce trabajos de diversos autores contenidos en este volumen tratan la relación entre la mente consciente y la inconsciente. Es sabido desde hace mucho tiempo que la mente puede a menudo participar en actividades perceptivas y cognitivas sin una advertencia consciente (*conscious awareness*) por parte del sujeto. Así se puede considerar *ab initio* el inconsciente. El principal objetivo explícito de este volumen es conceder al inconsciente un lugar más prominente que el que tiene habitualmente en la filosofía de la mente y en la ciencia cognitiva.

El punto de partida de este libro y los temas que trata se enmarcan dentro de la neurociencia y la psicología empírica. No obstante, tanto la metodología de varios trabajos como el horizonte de todo el libro pueden considerarse filosóficos (7 de los 20 autores, incluido el editor, son filósofos académicos). En sentido global, las aportaciones exceden la interpretación de datos y estudios empíricos, y proponen nuevas nociones para el conocimiento del inconsciente: su estructura, sus límites, su rol en las actividades del ser humano, su modo distintivo de operar, etc. Qué duda cabe que el conocimiento de la mente inconsciente es relevante para el conocimiento global del ser humano. Por todo ello, este libro propicia un diálogo interdisciplinar fecundo entre psicología, neurociencia y filosofía (especialmente teoría del conocimiento y antropología). En esta reseña haré especial énfasis en aquellos estudios con mayor carga filosófica.

El libro está introducido por un breve prólogo del editor, Zdravko Radman, Investigador Senior del Instituto de Filosofía de

Zagreb (Croacia). Los 14 trabajos principales aparecen divididos en tres bloques y enmarcados por un estudio introductorio de Joseph LeDoux y un epílogo de Chris Frith. La trayectoria científica y amplio reconocimiento de estos dos investigadores aumentan el interés del libro.

El prólogo de Radman describe brevemente el contexto científico en el que se presenta el libro: el estudio actual de la mente concede escasa importancia al inconsciente, y esto es un grave error porque «las mentes son inconscientes mucho antes de ser conscientes» (p. vi). A juicio de Radman, este problema está tan arraigado que la ciencia necesita encontrar un *nuevo paradigma* para investigar el inconsciente; y el libro pretende ser un audaz paso en esta dirección. El ensayo introductorio de LeDoux sostiene una tesis metodológica: antes de recurrir a la conciencia para explicar los procesos psicológicos y conductuales, se debe haber demostrado satisfactoriamente que la conciencia toma parte en ellos, pues esto está lejos de ser evidente.

La primera parte del libro, titulada «La conciencia se encuentra con el inconsciente», se centra principalmente en la delimitación conceptual de los dos ámbitos y cómo cada uno influye en el otro.

En primer lugar, Alain Berthoz explica cuáles son los prerrequisitos para la aparición del sí mismo, entre los que destaca la construcción unificada de un cuerpo mediante el cerebro. También explica su hipótesis de los «actores elegantes», que son mecanismos auxiliares logrados por evolución que permiten una transición fácil desde el procesamiento pre-consciente a la experiencia consciente. Los principales son imaginación e inhibición. Una importante conclusión de Berthoz es que es difícil la separación neta entre consciente e inconsciente.

Esta línea es seguida en el siguiente trabajo por el editor, Zdravko Radman, quien en un trabajo filosófico de gran ambición comienza exponiendo el estado actual del estudio del «duro problema de la conciencia», a su juicio el problema científico principal del siglo XXI. Dicho estudio se encuentra estancado frente a un muro desde el cual la

conciencia aparece como un misterio, irreductible y aislado frente a todo lo demás en la naturaleza. Este estancamiento procede de prescindir *ab initio* de dos cosas: la relación de la conciencia con el inconsciente y la inserción de ambos en un fenómeno más amplio: *la mente*. La principal tesis de Radman es que el entrelazamiento entre el inconsciente y la conciencia es tal que cualquier intento de explicar uno sin el otro está condenado al fracaso. Los procesos conscientes y los inconscientes no son sólo continuos entre sí y complementarios, sino que son bidireccionales: los actos conscientes se transforman en inconscientes y en esa medida los incorporamos y los podemos realizar posteriormente sin atención consciente. Por su parte, el inconsciente proporciona el marco dentro del cual se pone en marcha la conciencia. Su propuesta de un sí-mismo orgánico como auténtico sujeto de los actos, que trasciende la oposición entre consciente e inconsciente dentro de la mente y también la oposición entre la mente y el cuerpo, entronca con la propuesta de la cognición corporeizada y el enactivismo.

En el siguiente trabajo, Cushing, Ghafur y Morsella proponen un análisis de la interdependencia de procesos conscientes e inconscientes en la generación de un acto voluntario. Su *teoría del marco pasivo* (*Passive Frame Theory*) considera a la conciencia como un recipiente pasivo, mientras que los procesos que generan contenido y responden a los estímulos son inconscientes. La principal función de la conciencia es entonces proporcionar el marco dentro del cual varios contenidos son unificados y pueden ser influenciados; pero no puede crear los planes de acción y seleccionar uno entre ellos. Su mayor poder es vetar un curso de acción iniciado. Esta teoría acaba con cualquier clase de homínulo «decisor». El curso de acción que acaece es simplemente el resultado de la ciega competición entre varios planes de acción. En el siguiente estudio, Cleeremans presenta su teoría según la cual la conciencia es el resultado de un tipo especial de aprendizaje, apoyándose en la controvertida teoría del *procesamiento predictivo*. Partiendo de la base de que los procesos conscientes y los inconscientes se

apoyan en los mismos procesos neuronales, sostiene que la conciencia es una mera descripción informativa de representaciones preexistentes, por medio de meta-representaciones aprendidas.

La primera parte concluye con el trabajo de Rosenthal, filosóficamente ambicioso, que discute en conjunto las teorías (dentro de la filosofía analítica de la mente) que intentan definir la conciencia por oposición al inconsciente. A su juicio hay dos tipos de teorías: las de primer-orden (*first-order theories*, FOT) y las de orden superior (*higher-order theories*, HOA). Las HOA definen la conciencia (*consciousness*) de un estado mental EM como la advertencia (*awareness*) por parte del sujeto de dicho estado mental mediante un nuevo estado mental EM2. Las llamadas FOT son aquellas que, por un lado, coinciden unánimemente en negar que tenga que existir un estado mental EM2 que advierta EM1 para que EM1 sea consciente, pero, por otro lado, difieren en la descripción positiva que hace de EM1 un estado consciente. Rosenthal examina algunas FOT y las considera inconsistentes (p. 108-9), y de este examen obtiene dos conclusiones positivas cruciales para su trabajo: (1) cualquier teoría descriptiva de la conciencia debe hacerse en terreno psicológico antes de pasar al terreno neuronal, si quiere ser una teoría que realmente aporte información (p. 109) y (2) las teorías aceptables para explicar la conciencia son las HOA. A continuación, dedica varias páginas a exponer las características comunes a las HOA y cómo vencen las principales objeciones que reciben, porque no identifican conciencia y metacognición, y porque la posibilidad de que EM2 distorsione la realidad de EM1 no invalida las HOA, pues EM2 no tiene que ser siempre acertada. Por último, su principal conclusión consiste en que la conciencia de los procesos inconscientes, definida como HOA, no añade ninguna utilidad a dichos procesos.

La segunda parte del libro se titula «Realizar tareas cognitivas complejas de modo inconsciente» y explora diversas formas en las que esto es posible.

Jesse Prinz abre la sección defendiendo la existencia de la percepción

inconsciente, de colores, formas, textura, movimiento, etc, y preguntándose qué añade a esta percepción la conciencia. Su respuesta es que la conciencia añade la capacidad de actuar en base a esta percepción y adaptando continuamente la acción a las circunstancias. Denomina a esta función de la conciencia «iniciar y confirmar» (*cue and confirm*).

En el siguiente estudio, escueto y concreto, Shaun Gallagher describe algunos llamativos efectos «pre-noéticos» en el juicio y la percepción: procesos corpóreos que se introducen directamente en actos cognitivos, sin ser representaciones cognitivas en el sentido tradicional. Pone como ejemplo la fuerza con la que el hambre o el cansancio pueden influir en la decisión de un juez. El principal interés de Gallagher es defender una teoría enactiva enriquecida de la experiencia, en oposición a la teoría representacionalista.

Ben Newel en el siguiente trabajo, tras analizar las conclusiones de diversos estudios recientes sobre la influencia del inconsciente en la toma de decisiones, diverge de la línea seguida por los estudios anteriores diciendo que esta influencia está lejos de ser determinante. Thomas Reber repasa las investigaciones recientes sobre la relación entre conciencia y memoria, para concluir que la memoria implícita (inconsciente) es tan elaborada que es preciso considerar la advertencia consciente como un factor que modula la actuación de la memoria en lugar de un atributo de la memoria misma. En el último de los trabajos de esta parte, Penka Hristova sostiene, contra una opinión generalizada entre los estudiosos del tema, que el uso de analogías en muchas tareas (percepción, razonamiento, toma de decisiones, juicios, etc.) es con enorme frecuencia inconsciente.

La tercera parte del libro, «la sofisticación inconsciente de las habilidades», está dedicada a estudiar un tema paradigmáticamente relegado al inconsciente: las habilidades o hábitos en general. Abre esta sección el trabajo de Bernácer y Murillo, exclusivamente filosófico. Los autores consideran que la noción de hábito, cada vez más importante en el estudio de la mente y

el cerebro, requiere ser revisada para afrontar el problema de la relación entre la conciencia y el inconsciente. Sin esta revisión, los hábitos quedan relegados al ámbito del inconsciente, lo cual no les corresponde, y ni siquiera la noción de hábito de Ricoeur supera este límite. La propuesta alternativa de los autores empieza por denunciar lo que llaman la comprensión post-cartesiana de la conciencia: su cosificación como sustancia fija y rígida; la identificación de la conciencia, la mente y el sí-mismo (*self*); y la imposible reconciliación entre el sí-mismo y el inconsciente. En su lugar proponen entender la conciencia como una actividad flexible del ser humano. Tras esta nueva comprensión, los autores exponen la noción de hábito que consideran adecuada, la de Aristóteles, según la cual los hábitos se dividen en aquellos que son un aprendizaje y los que son rutinas. Los primeros tienen 3 características: liberan la conciencia de los aspectos motores de la acción para concentrarse en el fin de la acción, controlan los aspectos motores de la acción para mejorar la ejecución de la acción, y mejoran la experiencia global de la acción incrementando la calidad del fin que se puede alcanzar y permitiendo alcanzar después nuevos fines. La tesis fundamental del artículo es que, por estos motivos, los hábitos enriquecen la actividad flexible que se llama *conciencia*.

El siguiente estudio, de Massimiliano Cappucio, es un trabajo de inspiración y objetivo fenomenológicos y con una voluntad de diálogo interdisciplinar: «en lugar de *asumir* la conciencia como el misterioso fulcro de fuerzas trascendentales o como una ilusión que ha de ser disipada, el fin es *descubrir* la conciencia como un fenómeno mundano coherente con las teorías científicas de la mente, con la visión naturalista de que la psique humana es immanente y encarnada, y con la evidencia de que la actividad mental es intencional, relacional y social» (p. 248). Emplea la teoría de la cognición corporeizada (*embodied cognition*) para describir el papel de la conciencia en la práctica deportiva, y de esta manera enriquecer la comprensión filosófica de la conciencia. «La práctica de los atletas expertos

revela la profunda integración y la mutua presuposición de experiencia perceptiva, acción e inteligencia adaptativa» (p. 249), además de una gran cantidad de habilidades físicas muy arraigadas, todo ello en escenarios reales, complejos y de rápido cambio, y sometidos a gran estrés. El autor expone las 9 funciones principales de la conciencia psicológica: conciencia fenoménica —experiencia subjetiva de la propia conciencia—, estar-despierto (*awakeness*), introspección, reportabilidad —capacidad de explicar la propia experiencia—, autoconciencia, atención, advertencia o estado de alerta (*awareness*), control voluntario y conocimiento. Dedicó la mayor parte del artículo a exponer qué papel cooperador o distractor pueden jugar estas funciones en la práctica deportiva. Sus conclusiones principales, respecto de la relación más general entre la conciencia y el inconsciente, son dos. En primer lugar, la práctica deportiva no debe ser inconsciente para ser excelente (al contrario de lo que se suele pensar). En segundo lugar, es preciso no obstante reducir de modo selectivo las funciones que centran la atención en el propio sujeto y aumentar aquellas que centran la atención en el fin de la acción, para potenciar la anticipación, la capacidad de reacción y la respuesta ante las circunstancias.

El siguiente capítulo, de Sam Wilkinson y Charles Fernyhough, se decía a explicar las alucinaciones verbales auditivas (oír voces sin que nadie hable) mediante la *teoría del procesamiento predictivo*, en lugar de la teoría del auto-seguimiento (*self-monitoring*). Desde su teoría, el auto-seguimiento de las alucinaciones por parte del propio sujeto es un proceso emergente de procesos subyacentes de «minimización de la predicción de error», los cuales, he aquí la conclusión más relevante dentro del propósito del libro, aparecen entonces como candidatos para subyacer a todas las funciones cognitivas humanas. El último trabajo, de Jonathan Cole, escrito desde la perspectiva de un médico, narra cómo varios pacientes experimentan subjetivamente la perturbación que las deficiencias neurológicas provocan sobre la acción y percepción normales. Describe de modo muy vivo cómo las

tareas más simples se vuelven abrumadoras cuando las rutinas motoras inconscientes y automáticas se tornan conscientes.

El epílogo de Cris Frith establece un fructífero diálogo entre los trabajos del libro y otros hitos del estudio científico del tema. Aunque el libro no es un conjunto convergente, Frith detecta una contribución compartida de gran relevancia. Si las operaciones conscientes simplemente mejoraran lo que ya puede ser conocido de modo inconsciente, entonces la diferencia entre ambos sería sólo cuantitativa, no cualitativa; y además no habría nada que pudiera ser alcanzado de manera más adecuada por la cognición inconsciente. Todos los autores rechazan esta asunción errónea.

Para concluir, quiero hacer algunas observaciones a los trabajos reseñados extensamente que creo que los mejoran.

En primer lugar, Radman prescinde de un aspecto relevante en su exposición del duro problema de la conciencia. En la misterización de la conciencia, en la que se la aísla respecto de lo distinto a ella, el cuerpo, que no aparece como misterioso, juega un papel insustituible la concepción del cuerpo. Esta concepción es también reduccionista, pues es una cosificación del cuerpo que olvida la distinción fenomenológica entre «cuerpo vivo» y «cuerpo físico». Esta distinción, desarrollada principalmente por Husserl y Merleau-Ponty, ha sido recuperada recientemente para una adecuada comprensión del cerebro, la conciencia y el inconsciente (cfr. Fuchs, T., *Ecology of the Brain*, OUP, Nueva York, 2017).

La conclusión de Rosenthal (la conciencia no aporta ninguna utilidad) no me parece sorprendente en absoluto. Esta conclusión ya está contenida en la definición de conciencia de las HOA, pues la conciencia no es sino la mera apariencia ante el sujeto de los procesos inconscientes («la conciencia es el modo en el que nuestra vida mental aparece ante nosotros, es apariencia mental» p. 120), siendo ya dichos procesos autosuficientes y efectivos por sí mismos. El problema está en justificar las HOA y así la co-extensividad entre conciencia e inconsciente. El recurso de Rosenthal, refutar algunas FOT (pp. 108-112), prescinde de un

buen número de ellas contenidas en los otros trabajos de la presente obra.

Por último, pienso que el artículo de Bernácer y Murillo tiene muy poca extensión dado el procedimiento argumentativo que emplea. La *pars destruens* es demasiado apresurada, no parece suficientemente justificada la homogeneización de toda la filosofía postcartesiana de la conciencia, incluidas las teorías más recientes. No obstante, la noción de hábito que propone se

capta (de un modo *quasi* fenomenológico) como basada en una experiencia frecuente, y del mismo modo se entiende la noción de conciencia como actividad. Por todo ello creo que la propuesta principal, la *pars construens*, permanece clara y firme. Además, el trabajo responde al reto planteado en el prólogo de Radman de proponer un nuevo paradigma. – GONZALO ALONSO-BASTARRACHE (gabastarrec@unav.es)